



Invitación a la Iglesia de Filadelfia

5 de enero de 2025

Queridos hermanos y hermanas,

¡La paz sea con ustedes en esta fiesta de san Juan Neumann, cuarto obispo de Filadelfia!

Les escribo porque necesito su ayuda. Por favor, únense a mí en una conversación sobre nuestro futuro. Sus voces y su presencia son esenciales mientras navegamos juntos hacia adelante como Iglesia de Filadelfia.

Gracias

Estoy profundamente agradecido con todos ustedes. Una de mis mayores alegrías como arzobispo proviene de las interacciones que tengo con ustedes cuando recorro la arquidiócesis. ¡Llegar a conocerlos personalmente y ver cómo sirven a nuestra comunidad es maravilloso!

Su resistencia es un testimonio de la obra de Dios en nuestras vidas. La Iglesia de Filadelfia ha experimentado más de dos décadas de crisis; todos hemos sufrido aquí de una forma u otra. Hace cinco años, cuando recibí la llamada para volver a Filadelfia como arzobispo, la mayor prioridad de mi corazón era ayudar a nuestra Iglesia a pasar de la crisis a la esperanza. Esa sigue siendo mi mayor prioridad, pero no puedo hacerlo solo. Necesito su ayuda.

Nuestra esperanza descansa en el Señor, en quien confiamos. Dios nos persigue sin descanso, a todos nosotros, sus hijos amados. Como su hermano, deseo encontrarme con Él más profundamente y como su arzobispo, quiero que sepan que Dios sigue saliendo a su encuentro. Él los ama. Tienen un hogar en la Iglesia. La luz está encendida y la puerta está abierta. En palabras del Papa Francisco:

“Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él...

No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque “nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor...cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos.”

(La alegría del Evangelio, 3)

Necesitamos que todos en nuestras vidas y en nuestra Iglesia local sepan esto. ¿Por dónde empezamos?

¿Dónde estamos hoy?

Para llegar a alguna parte, hay que saber de dónde se comienza. Vivimos tiempos más parecidos a los primeros cristianos, tiempos en los que muchos viven sin Cristo. Muchos católicos se han alejado o han sido alejados de la práctica de la fe, creando un panorama desafiante.

Conectados más que nunca por la tecnología, las personas, especialmente los jóvenes, experimentan una epidemia de soledad, ansiedad y desesperación. Nos hemos enfrentado a crisis que han puesto a prueba nuestra fe y han disminuido nuestros números. Sin embargo, incluso en medio de este sufrimiento, la esperanza persiste.

Nuestra esperanza está en el Señor Resucitado, Jesucristo, que siempre nos llama a casa. Nuestra tarea actual consiste en llevar esa esperanza a quienes se sienten alejados de la Iglesia, a quienes se han alejado o se sienten empujados a hacerlo, los enojados e impactados por los escándalos de abusos, y los que aún buscan conexión.

Hoy en día, el 83% de nuestros hermanos católicos bautizados no acuden a la Iglesia. Este hecho debe incomodarnos. Tenemos que actuar con urgencia.

Un cambio pastoral de corazón

A la hora de determinar cómo responder a una necesidad tan apremiante, el debate en las diócesis de todo el mundo suele comenzar con la “planificación pastoral”. Este término suele describir un proceso que comienza con la pregunta: “¿Dónde no puede estar más la Iglesia debido a las finanzas o al número de sacerdotes?”. Sabemos que la respuesta a esta pregunta suele conducir al cierre de parroquias. En Filadelfia, la respuesta a esta pregunta ha dado lugar a numerosos cierres en lugares como el norte de Filadelfia, el oeste de Filadelfia y Chester.



No quiero perpetuar este ciclo. Quiero embarcarme en una nueva forma de planificación pastoral planteando una nueva pregunta, “¿Dónde necesita estar la Iglesia y cómo?”. Necesitamos inspirar un cambio pastoral de corazón que se centre en los ausentes y que alinee nuestros esfuerzos colectivos en parroquias, escuelas y ministerios de caridad para escuchar, reconstruir la confianza e invitar a la gente a casa.

Este cambio de corazón empieza conmigo, y requiere su ayuda. Durante los últimos cinco años, he escuchado historias de interacciones con la arquidiócesis que han causado una relación tensa y deteriorada. Estas historias son de sus amigos, compañeros de trabajo, vecinos, padres, o de sus hijos y nietos. Podemos hacerlo mejor. Yo puedo hacerlo mejor.

Quiero empezar a acortar esta distancia entre muchos de nuestros seres queridos y la Iglesia. Quiero que la gente sepa que el Señor sigue llamándoles. Que tienen un gran valor, un propósito divino y un hogar eterno.

La Iglesia describe a una persona que sale al encuentro de las personas de esta manera como un “Discípulo Misionero”. Aunque este lenguaje pueda parecerles extraño, los animo a que lo acepten. Cuando lo descifras, como dice el Papa Francisco en “La alegría del Evangelio”, queda claro que es algo que todos nos esforzamos por ser de forma natural:

“La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos.”

(La alegría del Evangelio, 24)



Muchas veces, ustedes pueden ser la única persona en la vida de un ser querido que puede llegar a él cuando se siente perdido o desconectado. Sus encuentros pueden marcar el comienzo de su regreso. Esta es nuestra misión común: proclamar la Buena Nueva del amor, la misericordia y la resurrección de Jesucristo a un mundo que la necesita desesperadamente.

¡Debemos ser una comunidad de Discípulos Misioneros centrados en la renovación, en reconstruir la confianza y en invitar a la gente a una relación con Jesucristo!

¿Dónde tiene que estar la Iglesia?

Históricamente, Filadelfia ha adoptado un enfoque “activo-inactivo” de la vida parroquial, con parroquias abiertas o cerradas. Cuando me convertí en arzobispo, la segunda pregunta en mi rueda de prensa de presentación fue: “¿Va a cerrar parroquias?”. Mi respuesta entonces, y ahora, es la misma: no vine aquí para cerrar parroquias; vine aquí para construir la Iglesia en Filadelfia.

El Papa Francisco nos anima a pensar en las parroquias como entidades flexibles que pueden adaptarse al mundo que las rodea:

“La parroquia no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad.”

(La alegría del Evangelio, 28)

No todas las parroquias tienen que ser iguales. Deben ser “centros flexibles para una labor misionera continua”. Un párroco y su comunidad son responsables del bienestar de todas las almas de la parroquia, no sólo de las que asisten a misa o a los actos parroquiales. Con demasiada frecuencia, pensamos en nuestra parroquia sólo como aquellos que entran por las puertas de la iglesia.

Muchas parroquias que sufrieron un declive en décadas pasadas florecen ahora con comunidades o culturas diferentes que llenan los bancos. En otros lugares, pequeñas comunidades de fe han perseverado en circunstancias difíciles y han sido un faro de esperanza para sus comunidades.

Sin embargo, no soy ingenuo en lo que respecta al número de parroquias que tenemos y como nuestros sacerdotes están sobrecargados. Aunque quiero evitar cierres generalizados de parroquias, con el tiempo nos enfrentaremos inevitablemente a algunos cambios y cierres. Mi esperanza es que, a través de la flexibilidad y una apertura de corazón, podamos trabajar creativamente para satisfacer las necesidades de nuestras parroquias y crear más tiempo para que el Espíritu Santo les inspire.

¿Cómo tiene que ser la Iglesia?

Para edificar la Iglesia, debemos formar a nuestro pueblo para que sean Discípulos Misioneros. La planificación pastoral centrada únicamente en cambiar nuestra huella parroquial actual no cultivará esa cultura. Tenemos que probar algo nuevo. La meta de esta iniciativa es un cambio pastoral de corazón en los próximos veinte años, comienza hoy por, plantando las semillas, y cuidando el jardín a medida que los frutos de nuestros esfuerzos comienzan a crecer.

Durante la próxima década, quiero establecer “Centros Misioneros” en toda la arquidiócesis, con el objetivo de que haya al menos diez por condado, ubicados en parroquias y otros lugares. El propósito es llegar a los católicos que no participan y a los no católicos, utilizando nuestros recursos y talentos para encender un espíritu de Discipulado Misionero. Esto creará una red de apoyo a la vida misionera en toda la arquidiócesis, animando a nuestras comunidades en todas partes, especialmente en las áreas desatendidas.

Necesitamos planificar estos Centros Misioneros en un espíritu de discernimiento y colaboración sinodal. Quiero que las comunidades y los líderes expresen su interés en que se establezca un Centro Misionero en su parroquia. Las semillas plantadas hoy serán el fruto evangélico del mañana.



Estos Centros Misioneros desempeñarán varias funciones:

- Dirigirán la Iglesia hacia el mundo exterior, centrándose en quienes no participan actualmente en la vida de la Iglesia y trabajando para reconectarlos. La comunidad ofrece un punto de conexión que muchos anhelan en el mundo actual.
- Conectarán varios ministerios católicos dentro de una comunidad -escuelas secundarias, escuelas primarias, Servicios Humanos Católicos, comunidades religiosas y parroquias- asegurando que trabajemos juntos y maximicemos el uso de nuestros recursos donde tengan el mayor impacto.
- Trabajarán para acercar a la gente a Jesús, a través de la Eucaristía y del servicio a los pobres. Puede que algunos de nuestros hermanos y hermanas no estén preparados para volver a misa inmediatamente, pero podrían encontrarse con Jesús a través de actos de servicio, un peldaño para volver a la Iglesia. Como exhorta Jesús a sus discípulos, “el que quiera asegurar su vida la perderá, y el que sacrifique su vida (por mí y) por el Evangelio, la salvará.”
(*Marcos 8:35*)
- Y si cuando las parroquias tengan que adaptarse, cambiar o cerrar, los centros serán una comunidad local con recursos y talento preparado y formado para acoger y cuidar a nuevas personas.



Renovación parroquial y reinención del ministerio

Los Centros Misioneros ayudarán a apoyar la vida parroquial en toda la arquidiócesis, a reabrir lugares que hemos cerrado anteriormente y a inspirar a nuestra gente a ser Discípulos Misioneros.

- Los Centros Misioneros contarán con personal a tiempo completo que trabajará bajo la dirección de un pastor comprometido con el trabajo hacia el exterior. El personal puede incluir coordinadores de servicios, expertos en comunicaciones, especialistas en eventos y misioneros, todos ellos centrados en facilitar el encuentro con Cristo y su Iglesia.
- Estableceremos Centros Misioneros en toda la arquidiócesis y asignaremos recursos allí donde más se necesiten, especialmente en las zonas más pobres de nuestra comunidad.
- Un Centro Misionero anclaría la esperanza y aseguraría un futuro vibrante de la Iglesia para sus hijos y nietos con un impacto por generaciones.

Todas nuestras instituciones y comunidades deben ser flexibles para acoger a nuevos miembros, preservando sus tradiciones y compartiendo la fe auténtica. Estamos llamados a cuidar de todos, incluidos los feligreses mayores que llevan toda la vida en la misma parroquia y los adultos jóvenes que tienden a cruzar las fronteras parroquiales en busca de una comunidad acogedora.



Para sostener nuestras parroquias el mayor tiempo posible mientras afrontamos la realidad de tener menos sacerdotes disponibles para tareas pastorales, podemos introducir - Directores de Vida Parroquial - diáconos, hombres y mujeres de vida consagrada, o laicos para gestionar las operaciones cuando no hay sacerdote residente y bajo la guía del obispo regional. Esto permitirá a los sacerdotes jubilados y mayores seguir cuidando de las almas en estas comunidades y ofrecer los sacramentos sin cargar con las responsabilidades de la administración.

Debemos priorizar los recursos y el apoyo a la evangelización. Invertir en el crecimiento es fundamental, y aprovechar la sabiduría y la energía de nuestros sacerdotes jubilados de esta manera será un regalo para la Iglesia de Filadelfia durante este tiempo de renovación.

Estoy muy agradecido por la generosidad de espíritu de nuestros increíbles sacerdotes, diáconos, religiosos, líderes laicos dedicados y ministros que hacen que la Iglesia funcione todos los días gracias a sus corazones amorosos y apasionados. Una mentalidad de crecimiento cultiva la fecundidad, dando lugar a muchas más vocaciones al sacerdocio, a la vida religiosa y al matrimonio.

Una invitación

Los invito a unirse a mí esta próxima primavera para discutir sobre el futuro de la Iglesia en Filadelfia. Veo nuestra Iglesia local como un centro de evangelización, vibrante de esperanza y gracia. Pero para avanzar, necesito escuchar sus esperanzas, sueños, preocupaciones y deseos de renovación. Por favor, únense a mí.

No subestimemos el poder del Espíritu de Dios que actúa en nosotros, a través de nosotros y a pesar de nosotros. Como dice San Pablo, creemos en un Dios **“cuya fuerza actúa en nosotros y que puede realizar mucho más de lo que pedimos o imaginamos”** (Efesios 3,20). Nuestra esperanza permanece en el Señor. Confiemos en el amor de Dios por cada uno de nosotros y seamos transmisores de la gracia.

Eres resistente. Eres amado. Tu constancia, a pesar de los retos sociales y espirituales, no pasa desapercibida. Gracias por recorrer este camino conmigo y por encarnar el corazón y el alma de nuestra Iglesia. Al igual que san Juan Neumann y santa Catalina Drexel guiaron con amor y resistencia, que intercedan por nosotros mientras avanzamos en la fe.

Por favor, recen por mí y tengan la seguridad de que yo rezaré por ustedes cada día.

Atentamente en Cristo,

Reverendísimo Nelson J. Pérez, D.D.
Arzobispo de Filadelfia

Escanear el código QR para encontrar una oportunidad de conversación cerca

